

# LA COMPETENCIA SOCIAL Y EL ALTRUISMO

por  
Vicente Garrido<sup>1</sup>

## Sumario:

### Padres, competencia social y altruismo

Que los padres son los grandes moldeadores de la personalidad de sus hijos es uno de los saberes del sentido común más antiguos. Lo que es más difícil de concretar, es *qué es exactamente lo que tienen que hacer* para atender de modo idóneo las diferentes peculiaridades con las que cada niño viene al mundo. Es decir, niños diferentes requieren respuestas diferentes.

Muchas veces los padres se encuentran desconcertados por el hecho de que sus hijos sean tan diferentes. “¡Si los hemos educado igual!”, protestan, desorientados, al referir que uno de ellos se mete en muchos líos, a diferencia del segundo. Sin embargo, deberíamos recordar que la relación de unos padres con sus hijos está claramente mediatizada tanto por un punto de partida como por un trayecto experiencial o “mapa de carreteras”.

El punto de partida es la dotación genética. Los genes van a definir un sistema nervioso, *un temperamento* a partir del cual disponemos de un estilo de responder ante el mundo; lo temperamental tiene una gran estabilidad a lo largo del ciclo vital (Sobral, Romero y Luengo, 1998). Dicho estilo, empero, no quedará progresivamente definido sino a través de las variadas experiencias que el chico vaya recogiendo del mundo. Se trata del mapa que todos elaboramos durante nuestra infancia; esas experiencias van a crear la imagen del yo, de nuestra identidad, la cual nos dice cómo reaccionar frente a los acontecimientos, cuáles son las decisiones más ajustadas para cada situación...

Los psicólogos decimos que tenemos que educar a los chicos inculcándoles actitudes correctas. De esto estamos hablando. Las actitudes y los valores son formas de percibir el mundo, de filtrar la realidad, y constituyen una parte esencial de la identidad de la persona. La identidad es la conciencia que tiene uno de sí mismo; el modo en que uno “se ve” y se considera. Si un chico se esfuerza por tener éxito en la escuela, por ayudar en casa, es porque su identidad registra como un valor importante el hecho de “ser capaz” en los estudios y el “cumplir con las expectativas” de los padres. Todo ello, por supuesto, adquiere importancia porque lo que el chico siente y percibe cuando hace tales actividades es algo positivo, le “refuerza” en su valoración de sí mismo; en el primer caso, como estudiante, en el segundo, como “buen hijo” (si bien lo primero también ayuda a conseguir la aprobación paterna).

### Autocontrol y sentimientos

---

<sup>1</sup> Universidad de Valencia. España.

Ya hemos visto que un temperamento dado ayuda a definir cómo nos relacionamos con el mundo. Alguien impulsivo, por ejemplo, tiende a apresurarse en sus respuestas frente a los acontecimientos que le surgen. Pero aun cuando exista este predisponente genético, la fuerza de las experiencias puede lograr que aprendamos a ejercer autocontrol; es decir, podemos encauzar nuestras predisposiciones hacia aspectos positivos. Por ejemplo, podemos aprender a demorar nuestras reacciones, o a buscar en el deporte la exteriorización de nuestro deseo de buscar emociones.

Las experiencias en el hogar son las grandes maestras en ese mapa de la vida. Ellas ayudan a desarrollar autocontrol así como influyen sobremanera en las actitudes y valores que van a aprender los niños. Tenemos aquí, entonces, dos grandes campos en la educación de los hijos que dependerán mucho de lo que ofrezcan los padres. El primer campo se resume en la expresión “destrezas cognitivas”. Se trata aquí de desarrollar habilidades mentales, entre las que se incluyen no sólo las propias del buen desarrollo intelectual (inteligencia lógica, capacidad de razonamiento, comprensión de los hechos del mundo), sino de aquellas que ayudan a que uno sea capaz de relacionarse eficazmente con los demás. El autocontrol implica que uno pueda ajustar su comportamiento a las exigencias del momento; tal destreza confiere poder sobre las situaciones, ya que obliga a que el agente reflexione sobre lo que es mejor hacer en una circunstancia en que nuestras emociones nos piden actuar de inmediato en un determinado sentido. “Pensar antes de actuar” es, en efecto, la gran avenida hacia el comportamiento inteligente. Supone disciplina cognitiva, la oportunidad para considerar las diversas opciones existentes frente a un problema, valorar consecuencias probables y deseables y, finalmente, ponderar todo esto en la selección de una decisión definida.

Pero lo cognitivo requiere, en simbiosis, de lo conativo o afectivo. Y sin duda las actitudes y los valores se refieren a lo que “nos hace sentir mejor”. Esta satisfacción personal se va vinculando, al principio, con las necesidades más primarias y egoístas, pero luego es tarea de los padres que los afectos positivos (los sentimientos) de sus hijos se relacionen con el bienestar de los demás: los propios padres, los hermanos, los amigos, y todas esas personas que conforman el mundo en que se desarrollan.

## **Las experiencias**

Las experiencias son tan importantes porque tienen la cualidad de sumergir al niño en una corriente de acontecimientos que le llevan a experimentar, a sentir y razonar de un modo concreto. Es difícil que esto pueda ser sustituido de modo eficaz por otro procedimiento. Qué duda cabe que observar a otros, lo que permite la imitación, es también un modo de aprender de la experiencia, en este caso ajena, pero aun siendo esto de extraordinaria importancia, no puede cumplir con todas las exigencias que incluye el aprender viviendo.

No es nada nuevo, y ya Aristóteles aseguraba que la virtud nacía de la práctica en el obrar correcto. Este fundamento de la ética, sin embargo, encuentra en nuestros conocimientos actuales el fundamento psicológico: el obrar correcto genera sentimientos y aprendizajes que, si son valorados positivamente, por los padres, van conformando el carácter del chico, es decir, su personalidad en cuanto plasmada en el actuar cotidiano.

Un “carácter” prosocial exige, entonces, un actuar positivo, prosocial, en beneficio de los demás. Decimos que alguien tiene un “buen carácter” cuando reacciona con ecuanimidad frente a las circunstancias. El carácter es la expresión de la persona en cuanto que actúa. Esto tendrá mucha importancia más adelante, porque (como la

realidad demuestra) se puede creer algo, tener una cierta actitud, pero actuar en un sentido diferente. Los padres pueden favorecer dicho comportamiento prosocial de tres modos; los dos primeros ya han sido mencionados: proporcionando experiencias a sus hijos para que ellos las vivan, y modelando el comportamiento de los niños a través de su propio comportamiento. El tercer sistema es mediante las historias, las narraciones a las que expone y orienta a sus hijos.

### **Enseñar y dar experiencias**

Cuando decimos que los padres modelan de modo socialmente eficaz a sus hijos queremos decir que en su comportamiento hay pautas claras y consistentes de cómo reaccionar frente a la miríada de situaciones que dan cuerpo a la vida diaria. Este aprender observando implica también a las palabras, al lenguaje: lo que hace y dice el padre y la madre son fuente inagotable de aprendizaje para el niño. Estas pautas, sin embargo, son realmente efectivas *porque los padres las practican* al tiempo que las ofrecen a sus hijos. La relación entre lo que dicen los padres y lo que hacen es vital para que se cumpla la función positiva de la socialización.

Es claro que, en el hogar, observar e imitar se suceden de modo natural, en una alimentación mutua: cuando los padres ven que sus hijos les imitan en aquello que juzgan deseable reciben el incentivo para seguir mostrando esas conductas, lo que a su vez fortalecerá esos actos en los chicos. Hablamos de actos, pero no debemos olvidar aquí que también se enseñan las actitudes y los valores, es decir, los productos cognitivos de la interacción diaria, los cuales van a constituirse en elementos estables para permitir la toma de decisiones de acuerdo a lo que es correcto y lo que no lo es.

Pero no basta, como antes señalamos, con modelar e imitar. Los chicos han de ser capaces de extraer lecciones prácticas de sus experiencias, y mejor aún, de sus “malas” experiencias. Es lo que se denomina “moralidad negativa” (Oser, 1996). Esta se refiere a “la cuestión psicológica de si la experiencia y el conocimiento de una persona en relación a una conducta inmoral, por ejemplo un robo, le ayuda a evitar realizar dicho acto” (p. 68).

Nosotros apoyamos la idea de que tan importante cómo saber qué hacer *es saber qué no hacer*. Una forma universal de proceder con este aprendizaje es saber obtener una lectura adecuada de los propios errores. En efecto, cuando un chico comete una acción errónea y es capaz de comprender las consecuencias negativas de tal hecho, aprende algo que no puede darse únicamente en el lado positivo de la acción moral, es decir, en aquello “que debe hacerse”. De ahí que una tarea muy relevante que tienen que desempeñar los padres sea tratar de modo educativo los actos injustos/perniciosos de sus hijos. Porque no cabe duda que estos actos no faltan en la vida del niño y del joven, y se pierde una oportunidad preciosa cuando tales situaciones no son discutidas (reflexionadas) a la luz de sus consecuencias negativas.

Por ejemplo, el valor de la solidaridad puede fomentarse mediante el ejemplo y el exhorto a compartir y a ayudar al amigo, compañero u otra persona. Sin embargo, ¿cómo hacer frente a aquella situación en la que un amigo de nuestro hijo le pidió ayuda para hacer unas tareas escolares, y éste no le atendió, prefiriendo ir a jugar ¡una vez más! al fútbol? Imaginemos que el amigo de nuestro hijo suspende en el examen, y pasa por ello por unos días muy malos. Aquí hay una oportunidad para el aprendizaje de esa “moralidad negativa”. Discutir con el chico la situación le ayuda a comprender por qué no debió hacer lo que hizo; es la reflexión sobre las consecuencias negativas del hecho (suspensión del amigo, su sufrimiento) lo que posibilita ese aprendizaje negativo. La

conclusión de la reflexión debe ser comprender cuál debía ser la acción positiva que hubiera evitado tales consecuencias.

Se sigue de lo anterior que una idea esencial es permitir que los chicos tengan la posibilidad de fracasar, de recibir “heridas morales”. La sobreprotección moral (impedir que corra sus propios riesgos para evitar que actúe de modo incorrecto) no es una buena idea.

Pero resulta obvio que no podemos exponer al chico a cualquier situación peligrosa (como el consumo de drogas) para esperar a resaltar lo negativo; del mismo modo que tampoco podemos confiar en que la experiencia del comportamiento erróneo (por extenso que sea) pueda ser de tal envergadura como para que abarque todos los posibles desmanes o injusticias que un ser humano puede cometer. Salvo casos excepcionales, en efecto, nuestros chicos no agreden gravemente, ni asesinan, ni incendian la escuela, etc. En tal caso, ¿cómo podría darse ese aprendizaje de la moralidad negativa? Es aquí cuando intervienen las historias.

### **Las historias**

Mediante el uso de las narraciones, de las historias (escritas, vistas, escuchadas) podemos ofrecer una experiencia mediatizada por lo simbólico. “Educativamente, bajo ciertas condiciones, la literatura o los informes históricos de los fracasos humanos pueden tener una influencia comparable a las situaciones personalmente vividas de equivocación moral” (Oser, 1996, pág. 70).

A pesar de que las escuelas constituyen un lugar idóneo donde lo narrativo podría emplearse ampliamente, tampoco es despreciable el uso que pueden darle los padres. ¿Acaso los padres no suelen contar cuentos a sus hijos? Por descontado, es así, pero resulta desafortunado que esos momentos de influencia moral se limiten a propiciar principalmente el sueño. La influencia de las historias puede mantenerse hasta bien entrada la adolescencia, con tal que sepamos orientar las películas y libros que leen nuestros hijos, o al menos que sepamos propiciar espacios para la discusión y reflexión de tales narraciones.

Como es lógico, las narraciones incluyen tanto ejemplos de “moral negativa” como de “moral positiva”, y podemos enfatizar una u otra de acuerdo con nuestros propósitos.

Un buen ejemplo de moralidad negativa que propicia luego la reflexión sobre lo positivo (lo que habría que hacer en su lugar) se halla en la película de Robert De Niro ‘Una historia del Bronx’ (*A Bronx tale*). En ella, De Niro es un conductor de autobús que ve cómo su hijo, en el contexto de un barrio italiano de la ciudad de Nueva York en la posguerra, siente una admiración creciente por el gángster que domina el territorio. El chico comienza su relación con el gángster al hacerle un favor y no delatarlo a la policía; la relación se va estrechando cada vez más, y pronto la vida ordinaria de su padre es poca cosa frente al lujo, poder y seducción que emana de la vida fácil del gángster. Inevitablemente, el enfrentamiento del padre y del hijo encierra el punto culminante de la reflexión moral de la película.

Hay otras muchas, y en ningún sentido son películas aburridas o mal realizadas. Todo lo contrario. El lector puede escoger de entre una amplia oferta para propiciar la reflexión moral: *Matar a un ruiseñor*, *El milagro de Ana Sullivan*, *Los siete magníficos*, *La lista de Schindler...* De entre la literatura la lista es igualmente interminable, y muchas de ellas tienen su correspondiente adaptación filmica (y en ocasiones más de una): *Los hermanos Kamarazov*, *La muerte de un viajante*, *El tercer hombre*, *Billy Bud*, etc.

### **¿Ética o psicología?**

La psicología nos ha ayudado mucho a comprender a los niños, y esperamos que este capítulo haya servido como un aval más a este hecho. Pero hay un peligro entre los padres con cultura que se interesan genuinamente por sus hijos, y es éste: comprender el desarrollo de los hijos no equivale a educarlos adecuadamente. Robert Coles (1998, p.231) ha puesto de relieve esta idea al asegurar que:

“Una y otra vez he llegado a darme cuenta de que incluso los niños en edad preescolar están constantemente intentando comprender cómo deben pensar sobre este don de la vida que se les da y qué deben hacer con ella. Las personas como yo, formadas en medicina, a menudo recalcamos los aspectos psicológicos de este fenómeno y no es raro que pongamos etiquetas reduccionistas, como si un niño no pudiera detenerse y pensar sobre el sentido de la vida sin ser candidato a un examen médico. De hecho, la exploración moral y las preguntas sobre los misterios de esta vida, sus ironías y ambigüedades, sus complejidades y paradojas, \_esta actividad de la mente y del corazón\_ contribuye a la experiencia de lo que es un ser humano: la criatura de conciencia que, por medio del lenguaje *nuestra capacidad instintiva* intenta pautas e hipótesis para desvelar el significado de las cosas”

Lo que se quiere decir es que ninguna comprensión científica puede sustituir al hecho del educar. Los niños necesitan dirección y valores, cariño y aceptación. Muchos padres pueden caer en la tentación de dejar ‘a los especialistas’ problemas o dificultades que exigen de su propia responsabilidad como padres hallar la solución. Educar a los hijos supone, inexorablemente, propiciar una ética que sirva de norte en su crecimiento como seres humanos, cada vez más plenos y libres.

### **Referencias bibliográficas**

- Coles, R. (1998). La inteligencia moral del niño y del adolescente. Barcelona: Kairós.  
Un libro que refleja las actitudes y habilidades que los padres y educadores pueden propiciar para educar a sus hijos como seres morales. Escrito en un lenguaje accesible, sin citas bibliográficas, aunque no es un libro de “recetas” pedagógicas.
- Oser, F.K. (1996). Learning from negative morality. *J. Of Moral Education*, **25**, 67/74.
- Sobral, J., Romero, E., y Luengo, M.A. (1998). Personalidad y delincuencia. La relevancia de lo temperamental. *Boletín de Psicología*, **58**, marzo, 19/30.